

DP66

L3

1879

V. 3

Ej. 2



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PARTE TERCERA

DOMINACION DE LA CASA DE BORBON

LIBRO NOVENO

REINADO DE CARLOS IV

(CONTINUACION)

CAPITULO XX

LOS FRANCESES EN ESPAÑA

Proceder insidioso de Bonaparte

DE 1807 Á 1808

Situación de España cuando Junot recibió orden de avanzar á Portugal.—Entran juntos franceses y españoles.—Consternación en Lisboa.—Fuga del príncipe regente.—Se embarca para el Brasil.—Junta de gobierno.—Junot en Lisboa.—Mas tropas españolas en Portugal.—La reina de Etruria es despojada de su Estado y enviada á España.—Entra Dupont en Castilla con nuevo cuerpo de ejército, y se sitúa en Valladolid.—Penetra Moncey en España con el tercer cuerpo.—Declara Junot en Lisboa á nombre de Napoleón que la casa de Braganza ha cesado de reinar y que Portugal pertenece al imperio.—La marina española se manda unir á la francesa.—Alevisía con que se apoderaron los franceses de la ciudadela de Pamplona.—Modo insidioso de entrar en Barcelona, y de tomar la ciudadela y Monjuich.—Cómo se hicieron dueños del castillo de Figueras.—Cómo les fué entregada la plaza de San Sebastian.—Proceder bastardo de Napoleón.—Alarma de la corte.—Venida y misión de Izquierdo.—Vuelve á Paris.—Ultimas proposiciones de Bonaparte.—Prepara nuevos ejércitos para España.—Murat general en jefe de todas las fuerzas.—Penetra en la Península, y llega á Burgos.—Cálculos y juicios de los españoles.—Medidas que Godoy propone al rey para salir del conflicto.—No son aceptadas.—Medita y es aprobado el viaje y retirada de la familia real á Andalucía.—Disposiciones para preparar la marcha.—Nuevos sucesos desbaratan sus planes.

A nadie podía causar maravilla que un hombre de la desmesurada ambición de Bonaparte, dominador de casi todo el continente europeo, acostumbrado á derribar antiguos imperios y crear nuevas monarquías y coronas, y á distribuir entre su familia las que á él parecía sobrarle; á nadie, decimos, podía causar maravilla que viendo este hombre las lamentables y miserables escisiones del palacio y de la corte española, y que, ciegos unos y otros, se postraban á sus pies solicitando á porfía su amistad y en demanda de protección y arrimo, hubiera echado una mirada codiciosa hácia esta hermosa región á que no alcanzaba todavía su dominio, y en que reinaba una dinastía de la cual una parte había destronado, y cuya extinción podía calcularse que entraba en sus planes.

Mas lo que no era de esperar entonces, ni ahora puede menos de causar asombro, es que el gran dominador, que el hombre cuyo genio y cuyas vastas concepciones hemos admirado, y en quien por lo mismo parece que no deberían caber sino pensamientos elevados y dignos de su grandeza, se hubiera valido para realizar sus designios, cualesquiera que fuesen, de la doblez y la falsía, y hubiera empleado, no ya el disimulo y aun la astucia que pueden caber en la política, sino la arte-

ria y el dolo que no se perdonan á los hombres vulgares, cuanto mas á aquellas eminencias sociales á quienes el poder, el talento y la fortuna han encumbrado, y constituyen en el deber de ser ejemplo de nobleza á la humanidad. Y sin embargo así sucedió.

Dentro de nuestra Península las tropas francesas, antes de firmarse el tratado de Fontainebleau, único que podía autorizar su entrada; cumpliéndose por parte de España despues de ratificado, aun negándose el emperador francés á su publicación; sin ofensa de parte de nuestro pueblo, ni menos de nuestros reyes y príncipes, antes recibiendo de estos Bonaparte pruebas excesivas de sumisión y testimonios sobrados de desear su amistad; pendiente la causa de San Lorenzo que traía desasosegados los espíritus y desconcertada la real familia; sin respeto á esta situación, antes bien prevaleándose y aprovechándose de ella; á pesar de que el gobierno portugués azorado con la presencia de las tropas francesas en Castilla, creyó poder templar todavía las iras de Napoleón y alejar la amenazadora nube, accediendo á lo que España y Francia le habían pedido en agosto, mandando secuestrar todas las mercancías inglesas, y obligando al embajador lord Strangford á retirarse á bordo de la escuadra de sir Sidney Smith; no obstante haber enviado á Paris al marqués de Marialva con objeto de proponer el casamiento del príncipe de Beira con una hija de Murat, gran duque de Berg; con todo eso, y sin consideración ni miramiento alguno, el general Junot que se hallaba en Salamanca recibió orden ejecutiva de proseguir á Portugal, aunque no contase con provisiones, pues un ejército de veinte mil hombres, decia aquella, puede vivir en todas partes, aun en el desierto. Hizolo así Junot y reunido en Alcántara con algunas fuerzas españolas que mandaba el general don Juan Carrafa, penetraron juntos en territorio portugués (19 de noviembre, 1807), llegando á Castello-Branco sin encontrar resistencia. La falta de mantenimientos fué causa de que franceses y españoles cometieran todo género de excesos en aquellos pobres pueblos y con aquellos infelices moradores.

El 23 llegó la vanguardia del ejército invasor á la vista de Abrantes, veinticinco leguas de Lisboa.

Hasta ese mismo dia no se supo de cierto en aquella corte (¡descuido imperdonable!) la violación de la frontera. Con noticia que tuvo lord Strangford de la entrada de los franceses en Abrantes, no obstante las apariencias hostiles de parte del gobierno portugués, volvió á desembarcar, y reiterando al príncipe regente los ofrecimientos propios de antiguo aliado, le aconsejó que se retirara á los dominios del Brasil, donde aun podría reinar con lustre la casa de Braganza. La resolución fué bien acogida, y el 26 de noviembre (1807) se publicó en la capital el decreto anunciando la disposición tomada por el príncipe regente de trasladar su residencia á Rio Janeiro

hasta la paz general, y el nombramiento de un consejo ó junta de regencia para el gobierno del reino, dejándole, entre otras instrucciones, la de que procurara mantener el reino en paz, que las tropas francesas fuesen bien acuarteladas y asistidas, y que se evitara todo insulto que pudiera turbar la buena armonía entre los ejércitos de ambas naciones. El 27 se embarcaron los príncipes, y el 29 se dieron á la vela, coronadas las colinas y torres de Lisboa de un gentío inmenso, que con llanto en los ojos y el corazón traspasado de dolor contemplaba su partida hasta perder de vista el pabellón real, dirigiendo al cielo plegarias por su feliz viaje, no siendo menor la pena de la régia familia al considerar que dejaban el reino consternado, huérfano, y á merced de invasores extraños. A las nueve de la mañana siguiente entró Junot en la capital, acompañado de su estado mayor y de algunas tropas, y asegurándose de que la escuadra se había dado á la vela, paseó orgullosamente las principales calles del pueblo, yendo luego á aposentarse en casa del barón de Quintella. Los gobernadores del reino pasaron á ofrecerle sus respetos: el recibimiento que les hizo no fué propio para atraerlos por la amabilidad, ni siquiera por la cortesía.

Casi al mismo tiempo el general español don Francisco María Solano, marqués del Socorro, aunque no completa todavía su división, penetraba en el Alentejo y se apoderaba de la plaza de Yelbes. Sin embargo de ser un ejecutor de las órdenes de Junot, su integridad y desinterés hicieron su mando más tolerable que el de los franceses. Por otro lado, en los primeros días de diciembre, cruzaba el Miño el general don Francisco Taranco, con seis mil hombres de los diez mil que según el tratado debían componer su división, y dirigiéndose por Valencia á Oporto, completó en esta ciudad su contingente con las tropas de Carrafa, que por Thomar y Coimbra había ido á ocupar aquel puesto. Taranco señoreó sin obstáculo la provincia de Entre-Duero y Miño destinada á indemnizar á la casa de Etruria; con su prudente gobierno, con su templanza, su moderación y su justicia se hizo acreedor á la gratitud y á los elogios de aquellos habitantes, y así lo han consignado para honra suya y de España los historiadores portugueses (1).

No se conducía del mismo modo Junot en Lisboa. Reforzado con las tropas que habían ido llegando, dueño de los fuertes, de los buques y arsenales, agregando á la junta de regencia el comisario francés Hermann, sin hacer gran caso de la autoridad legítima, comenzó por imponer al comercio un empréstito forzoso de dos millones de cruzados, y por confiscar los géneros ingleses que habían pasado á ser propiedad portuguesa, reales de los efectos y enseres más preciosos de los palacios reales de que parecía haberse hecho dueños los generales franceses por derecho de conquista. Todavía, sin embargo, mantenía aquel pueblo alguna esperanza de que se respetaría su independencia, hasta que en la gran parada y revista que el 15 de diciembre dispuso Junot en la plaza del Roceo, y en que desplegó todo el aparato de su fuerza, vió enarbolar en la torre de San Juan la bandera tricolor, y saludarla con veinticinco cañonazos la artillería de todos los fuertes. Un murmullo general, signo de fermentación y anuncio de algún estallido, se advertía en las masas populares. Creció la irritación con motivo de haber preso en la tarde del mismo día las patrullas francesas un soldado de la policía de Lisboa. El pueblo corría á las armas en tumulto, y el alboroto habría sido más serio á haberse prestado algún hombre de resolución á acaudillar la multitud. De todos modos no se sosegó sin sangre y sin víctimas, disparando en plazas y calles la artillería y fusilería. El pueblo conoció entonces la suerte á que le destinaba el dominador extranjero, y enmudeció enfrenado atesorando en su pecho rencor y sed de venganza (2).

(1) Accursio das Neves, tomo I.—En los Apéndices al tomo I de la Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte, escrita y publicada de orden de S. M., pueden verse las Instrucciones dadas por el príncipe regente de Portugal á la Junta de Gobierno, así como la proclama de Solano en Badajoz á 30 de noviembre, y la de Taranco en Oporto á 13 de diciembre de 1807.

(2) El cardenal patriarca de Lisboa, el inquisidor general y otros prelados dieron una prueba lamentable de su debilidad, accediendo á las in-

Napoleón, que, como hemos dicho, se hallaba á la sazón en Italia, que se mostraba muy eficaz para cumplir lo pactado en Fontainebleau en la parte que le convenía, así como lo quebrantaba sin miramiento ni reparo en lo que no se conformaba á sus recientes y siniestros designios, hizo intimar á la reina regente de Etruria que con arreglo á lo estipulado con España (de lo cual no se le había dado siquiera conocimiento) se preparara á dejar sus dominios (23 de noviembre, 1807), que habrían de ser ocupados por tropas imperiales conforme al convenio, y á trasladarse á la Península española, donde el rey de Etruria su hijo hallaría el Estado cedido por España y Francia en equivalencia del que allí dejaba y se había traspasado al imperio francés. Sorprendida y asustada la infanta María Luisa con tal novedad y tal intimación, y sin medios para contrariarla ni resistirla, tuvo que resignarse y someterse á la suerte que se le había deparado. Partió, pues, de Florencia con su familia (1.º de diciembre, 1807), y no habiendo hallado ni indulgencia ni consuelo en Napoleón, á quien se presentó y vió en Milan, prosiguió la desconsolada princesa su viaje á España, donde la esperaba ver que no la alcanzaban á ella sola los trastornos que empezaba á experimentar, sino á toda la familia real á cuyo arrimo venía.

A los pocos días de esto, y siguiendo Napoleón su misterioso sistema y su tortuosa política, sin contar con el gobierno de España como estaba obligado á hacerlo por los artículos secretos del tratado de Fontainebleau, dió orden al segundo cuerpo de observación de la Girona, compuesto de veinticuatro mil infantes y tres mil quinientos caballos al mando del general Dupont, para que penetrara también en la Península. El 22 de diciembre llegó Dupont á Irun, y en principios de enero (1808) estableció su cuartel general en Valladolid, amagando seguir como Junot en dirección de Salamanca. En la altivez y dureza que mostró Dupont en Valladolid, en los desmanes que permitía á sus tropas, distaba ya mucho de conducirse como general aliado y amigo. Apenas él había hecho alto en Castilla, y corría todavía el 9 de enero, cuando cruzó la frontera española otro tercer cuerpo de ejército, mandado por el mariscal Monecy, en número casi igual al segundo, aunque formado de soldados más bisoños, trasladados en posta de los depósitos del Norte. Era el que se titulaba cuerpo de observación de las costas del Océano, y dirigió igualmente su marcha á Castilla, también sin previa anuencia del gobierno español. Y por si estos avisos no bastaban á despertarle, á los pocos días, con motivo de haberse insertado en el Monitor de París dos exposiciones del ministro Champagny (24 de enero, 1808), y de indicarse en la última que los ingleses intentaban dirigir expediciones secretas hacia los mares de Cádiz, soltábase ya en el diario oficial la especie de que S. M. I. fijaría su atención en la Península entera.

Portugal recibió muy pronto el golpe terrible del desengaño. El 1.º de febrero se vió desplegar en Lisboa un ostentoso aparato militar. La artillería de los fuertes anunció con salvas la salida del general en jefe de su alojamiento, seguido de todos sus generales y estado mayor. Los regentes del reino nombrados por el príncipe Juan se hallaban en el palacio de la Inquisición, lugar de sus deliberaciones, discutiendo asuntos sobre lo que veían, cuando se presentó Junot, y les leyó el decreto de Bonaparte, en que declaraba que la casa de Braganza había cesado de reinar, y que el reino de Portugal quedaba bajo su protección, debiendo ser gobernado en su totalidad á nombre suyo y por el general en jefe de su ejército. En su virtud extinguió Junot la junta de gobierno nombrada por el príncipe regente, formó otro Consejo bajo su presidencia, publicó otro decreto de Napoleón desde Milan, por el que se confiscaban todas las propiedades del patrimonio real y de los hidalgos que habían seguido la corte, y se imponía al reino una contribución de 40.000.000 de cruzados (100.000.000 de francos): sacrificio irrealizable en reino de tan corta población y riqueza, y que obligó á Junot á otorgar plazos y poner ciertas limitaciones para su exacción. Aun las pocas tropas portuguesas que existían infundían á Junot des-

sinuaciones de Junot para que publicaran pastorales exhortando á la sumisión y obediencia al gobierno intruso.

confianza; tal era la que tenía de su injusto proceder: y formando de ellas una corta división de diez mil hombres al mando del marqués de Alorna, ordenó su salida y las envió á España; gran número de soldados desertó antes de llegar á Valladolid (1).

Dueño pues Junot de Portugal y mandando allí abiertamente en nombre de Napoleón, situados Dupont en Valladolid y Monecy en Burgos, faltaba á Bonaparte alejar de España nuestra marina, y pidió con instancia que se uniera á la suya, y logró que se diera orden á don Cayetano Valdés para que con la escuadra de seis navíos que tenía en Cartagena se hiciera á la vela para Tolón, como lo verificó (10 de febrero). Por fortuna la dureza de los vientos y el mal estado de algunos buques, y acaso más que todo la poca voluntad del comandante de alejarse de las costas y puertos de España, le hicieron arribar por dos veces á Mallorca. Nuevas órdenes le obligaron á salir para Mahón, donde el almirante príncipe de la Paz comisionó al general Salcedo para que tomase el mando de la escuadra, é investigara al propio tiempo la conducta de Valdés.

Mas todas estas señales de insidiosos intentos por parte de los que aun se decían aliados y amigos, eran leves infracciones de la amistad, comparadas con las infidelidades, sin escrúpulo pueden llamarse ya perfidias, que al propio tiempo y por otros lados estaba cometiendo con nosotros, y con que manchaba y deslustraba sus anteriores admirables hechos el que con razón fué denominado el capitán del siglo: comportamiento indigno de tan grande hombre, inverosímil si pudiera resistir á la evidencia de los hechos.—Por las gargantas de Roncesvalles había marchado el general D'Armagnac con tres batallones la vía de Pamplona; llegó á la ciudad (9 de febrero), y permitióse sin obstáculo alojar en ella sus tropas. Pero habiendo recibido orden de apoderarse de la ciudadela, pidió arteramente permiso al virey marqués de Vallesantoro para encerrar en ella dos batallones de suizos so pretexto de no tener confianza en su disciplina. Negóse el virey á otorgar petición tan grave sin orden expresa de la corte: pero no correspondió á esta digna contestación la precaución que debió seguirla. Verdad es que no podía presumir apelase un general del imperio á la treta alevosa que empleó para lograr su designio. Alojado en la casa del marqués de Besolla, frente y á corta distancia de la puerta principal de la ciudadela, en la noche del 15 al 16 de febrero llevó á su casa buen número de granaderos. En la ciudadela entraban todas las mañanas algunos soldados franceses á tomar la ración de pan, sin que nuestra guardia creyera necesaria precaución alguna. La mañana siguiente á aquella noche fueron enviados á tomar el pan soldados escogidos, con armas ocultas debajo de los capotes. Había bastante nieve, y comenzaron como á divertirse arrojándose unos á otros las pellas que hacían, y en tanto que así distraían nuestra guardia, colocáronse algunos sobre el puente levadizo para impedir que se cerrara. A una señal convenida, los unos se lanzaron sobre las armas de nuestros soldados, los otros sacaron las que tenían escondidas, desarmaron sin gran esfuerzo á los descuidados centinelas, y saliendo á tal tiempo los granaderos ocultos en la casa de D'Armagnac, entre unos y otros ejecutaron fácilmente la traición que tenían meditada de apoderarse de la ciudadela. Entonces pasó D'Armagnac un oficio al virey disculpando el hecho con la necesidad, y lisonjeándose de que no por eso se habría de alterar la buena armonía entre dos aliados; y tras la ruin alevosía el insulto del sarcasmo!

Todavía era esto poco. Mientras así se conducía D'Armagnac en Pamplona, por la parte de los Pirineos Orientales el general Duhesme que mandaba otra división, teniendo á sus órdenes al general italiano Lecchi y al francés Chabran, penetraba en España por el puerto de la Junquera, en dirección de Barcelona. Noticioso de este movimiento el capitán general del Principado, conde de Ezpeleta, requirióle que suspendiera su marcha hasta consultar al gobierno español, que, en verdad, ni lo sabía ni aun lo sospechaba. Respondió con arrogancia

(1) Proclama y decretos de Junot expedidos en 1.º de febrero en Lisboa.—Apéndice 27 al tomo I de la Historia de la guerra de España contra Bonaparte.

Duhesme á la intimación, haciendo responsable al capitán general de cualquier desavenencia que pudiera sobrevenir entre ambas naciones. En su virtud Ezpeleta celebró un consejo, y en él se acordó permitir al francés la entrada en Barcelona, si bien guarneciendo las tropas españolas la ciudadela y Monjuich (13 de febrero, 1808). Inquieta estaba la población, y eso mismo sirvió de pretexto al francés para pedir que alternaran sus tropas con las nuestras en las guardias de todos los principales puestos, á fin de que viendo el pueblo la buena armonía entre unas y otras, se tranquilizara y se disiparan sus recelos. También se accedió á esta demanda, como si los españoles todos participaran del adormecimiento del gobierno. Pronto se verá el pago de tales condescendencias: Duhesme puso una compañía de granaderos en la puerta principal de la ciudadela, donde solo había veinte soldados españoles. Ezpeleta le rogó que retirase aquella fuerza tan desproporcionada, pero el francés obró como si no se diera por entendido.

Semejante proceder, por más que el gobierno encargaba en todas partes que se procurara evitar todo motivo de colisión con los franceses, iba apurando la paciencia, así del pueblo como de nuestros oficiales y soldados. Conocía Duhesme el peligro que corría, y con el deseo de proveer á su propia seguridad, coincidió el haber recibido una carta del ministro de la Guerra de Francia, en que le suponía dueño de los fuertes de Barcelona. Discurriendo, pues, cómo apoderarse por sorpresa de la ciudadela y de Monjuich, hizo esparcir la voz de que tenía orden de continuar con sus tropas á Cádiz, y con este pretexto las reunió para pasarles revista en la explanada de la ciudadela (28 de febrero). En este acto el italiano Lecchi con su estado mayor se acercó á la guardia de la ciudadela como en ademán de hacerle algunas prevenciones, deteniéndose con estudio en el puente levadizo, para dar lugar á que su batallón de vélites se acercara y pudiera entrar sin estorbo. Entonces Lecchi penetró en la plaza, siguióle el batallón atropellando la corta guardia española, y tras de aquel siguieron otros cuatro, que sin dificultad dominaron completamente la ciudadela, porque los dos batallones de guardias españolas y walonas que la guarnecían se habían ido confiada y descuidadamente á la ciudad, los unos por recreo y los otros á diversas ocupaciones. Cuando volvieron, tuvieron dificultades para que les permitieran la entrada los usurpadores de sus puestos. Aquella noche y el día siguiente los pasaron formados frente á los franceses, con gran peligro de un rompimiento, hasta que por la tarde recibieron los nuestros orden de salir á acuartelarse en la ciudad, quedando así los franceses en posesión completa de la ciudadela.

No era tan fácil la sorpresa de Monjuich que intentaron á la misma hora. Sobre estar el castillo en una colina elevada y descubierta, que permite ver todos los movimientos del que intente aproximarse, gobernábale interinamente el intrépido y decidido español don Mariano Álvarez, que haciendo levantar el puente levadizo negó la entrada á los franceses. Frustrado aquel intento, acudió Duhesme al capitán general Ezpeleta, que atemorizado con las órdenes imperiales de que aquel le habló, dió las suyas para que se franquease el castillo. Todavía vaciló Álvarez, pero la disciplina le obligaba á obedecer, y lo hizo. Los militares españoles no podían sufrir proceder tan desleal; los ánimos estaban irritados y se temía un conflicto: para evitarle, se hizo salir de Barcelona para Villafranca el regimiento de Extremadura, y se tomaron otras medidas y precauciones.

Pero aun faltaba algo que cumplir del pérfido plan de invasión que traían entendido los jefes franceses. Duhesme al pasar por Figueras había dejado allí unos ochocientos hombres al mando del coronel Piat: pasaron unos días sin demostrar intención sospechosa, mas tan pronto como se supo la ocupación de los fuertes de Barcelona, empleó allí Piat para apoderarse de la ciudadela de San Fernando una estratagemá, no igual, pero parecida y de tan ruin género como la de Lecchi en la capital del Principado y la D'Armagnac en Pamplona sacando permiso del débil gobernador para introducir en ella doscientos veteranos fingiendo ser conscriptos, logrando así enseñorearse de la plaza (18 de marzo), y haciendo salir los pocos españoles que la guarnecían.